

Justificaciones geopolíticas del expansionismo de Estados Unidos

Crocker, Chester A. *High noon southern Africa. Making peace in a rough neighborhood.*

Chester Crocker, asesor del secretario de Estado para Asuntos Africanos de 1981 a 1989, intenta justificar una política que consintió dictadores, desestabilizó nuevos estados independientes y contribuyó a la masacre de cientos de miles de inocentes civiles. Los orígenes inmediatos de la política estadounidense hacia África del Sur, descansan en el triunfo del comunismo en Vietnam y en los subsecuentes intentos de Estados Unidos por probar que podía contener el expansionismo soviético.

Crocker sostiene que fue la apresurada salida de Portugal de territorio angoleño, lo que permitió al MPLA, uno de los tres movimientos de liberación, arrancarle el poder a las agrupaciones derechistas FNLA y UNITA. Pero, nada más lejos de la verdad que esta apresurada interpretación de Crocker. En 1974, el ejército portugués, cansado de la guerra colonial, tomó el gobierno; apenas un año después, Lisboa y los tres movimientos de liberación acordaron instalar un gobierno provisional y celebrar elecciones en octubre. No obstante, en el tránsito hacia este periodo de mayor estabilidad, se suscitaron dos hechos de importancia que el autor omite señalar: el FNLA atacó al MPLA con apoyo de Estados Unidos y Zaire, acción complementada con el financiamiento secreto que en 1974 la CIA brindó al FNLA. Fue en este contexto que los soviéticos empezaron

a dar armas al MPLA, en respuesta a los programas estadounidenses instrumentados en la región y ante el apoyo de Sudáfrica, Zaire y Estados Unidos al FNLA y al UNITA. En 1976, y ya con la ayuda y respaldo del gobierno cubano, el MPLA resulta vencedor.

De acuerdo con la apreciación del ex asesor, la estrategia geopolítica estadounidense tuvo como base las siguientes consideraciones: retiro de tropas cubanas de Angola a cambio de la independencia de Namibia; apoyo diplomático y militar a UNITA a fin de neutralizar el gobierno del MPLA; mantener a Sudáfrica como hegemonía regional y arrancar Mozambique de las manos soviéticas. Tal estrategia benefició al presidente de Zaire, Mobutu Sese Seko, quien a cambio de apoyo a UNITA, recibía asistencia de Estados Unidos. El objetivo último era marginar al SWAPO, movimiento de liberación nacional de Namibia, y fraccionar al CNA de Sudáfrica.

En otro apartado de su libro, quizá en el que más claramente resalta el tono de justificación empleado por el autor a lo largo de la obra, Crocker confiesa que la definición de la política adoptada fue en muy buena medida producto de las presiones ejercidas por los conservadores reaganianos; sin embargo, no hubo mucha diferencia entre la postura de Crocker y la de la Casa Blanca: ambos se negaron a forzar a Sudáfrica a abandonar su política de *apartheid*. Pese a la oposición de la opinión pública estadounidense, el gobierno buscó impedir que el Congreso impusiera sanciones a Sudáfrica, aduciendo que las medidas punitivas detendrían las reformas internas y perjudicarían a la población negra; no obstante, en 1986 fue aprobada por mayoría la ley *anti apartheid*, lo que echó abajo el veto interpuesto por Reagan.

Pese a que Crocker busca en muchos momentos evadir su responsabilidad con respecto a la línea adoptada por la administración Reagan, su sola colaboración como asesor del secretario de Estado para Asuntos Africanos, corrobora su desempeño como actor protagónico en el diseño de una política estadounidense de beneplácito hacia gobiernos dictatoriales como el de Mobutu Sese Seko. Aún más; en la parte final de su obra, Crocker confiesa su desacuerdo con el respaldo del Congreso a la política *anti apartheid* y la influencia de los movimientos liberalizadores encabezados por Randall Robinson y Desmond Tutu, acciones que finalmente quedarían traducidas a dos niveles: cambio de la política exterior de Estados Unidos a la región e inicio de reformas en Sudáfrica. Así, la imposición de sanciones, y no la estrategia geopolítica estadounidense a la que se refiere Crocker, forzó la corrección de la política racista de Sudáfrica.

The Washington Post